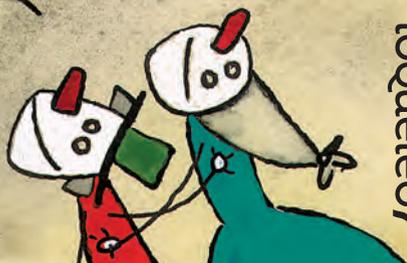


El paseo de los viejitos

Laura Devetach

Ilustraciones de Gustavo Roldán (h)



loqueleo



www.loqueleo.santillana.com

© 1987, LAURA DEVETACH

© 1998, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4670-9

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: xxxx de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: GUSTAVO ROLDÁN (H)

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS y JULIA ORTEGA

Devetach, Laura

El paseo de los viejitos / Laura Devetach ; ilustrado por Gustavo (h)
Roldán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.
32 p. : il. ; 19 x 16 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4670-9

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Roldán, Gustavo (h), ilus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

El paseo de los viejitos

Laura Devetach

Ilustraciones de Gustavo Roldán (h)



loqueleo

*Hace mucho, allá por 1965,
una nena de cuatro años me ayudó
a hacer este cuento.
Gracias, Laurita.*





Había una vez un
manzano.

Debajo del manzano
una casa chiquita.

Y en la casa vivían el
viejito y la viejita.

El viejito era muy buen carpintero y
la viejita era muy buena modista.

Había enseñado a coser a todas las
muchachas del pueblo, en la escuela.



Ya no trabajaban más. Ahora se juntaban en el club con otros viejitos para ver si conseguían que les aumentaran la jubilación, que era apenas un puñadito de dinero.



El dinero no les alcanzaba para comprar ni bifés ni queso y menos para salir de paseo.

Pero los viejitos querían y querían salir de paseo.

Durante los días de la semana la viejita tejía medias de colores y el viejito tallaba animales de madera, para venderlos y así ganarse unos pesos.



Los sábados iban al club, con los chicos del pueblo, para hacer juguetes. Juguetes de cajones de manzanas, de tela, con cintas, cables, pompones y pipirrulines que todos llevaban. Así se divertían.



Pero en realidad ahora tenían muchas
ganas de salir de paseo.

Al viejito le habían regalado un sombrero
verde. A la viejita un vestido con flores.

Y los dos querían salir de paseo con sus
cosas nuevas.



—Vamos al campo, a pasear por los girasoles —dijo el viejito.



—¡No y no! —dijo la viejita—, salpicaré mi vestido de girasol y los ratones del campo pueden robarme un pedacito para hacer cortinas. Mejor vamos a la ciudad a pasear por el centro.

—¡No y no! —chilló el viejito—. Mi sombrero chocará con los faroles y los carteles y la gente me dirá ¡ufa! Mejor vamos al campito, ahora que brilla la medialuna.



—¡No y no! Los grillos me comerán el vestido. Quedará lleno de agujeros como un colador. Mejor vamos a la ciudad y entramos a un cine con dibujos animados. A los jubilados nos hacen descuento.

—¡No y no! Mi sombrero tamará a la gente de atrás y todos van a querer que me lo saque. Además, apenas nos alcanza para una sola entrada.



Y los dos, enfurruñados, sacaron los sillones de hamaca y se sentaron al frente de la casa chiquita. Uno con la nariz para allá, el otro con la nariz para acá.

Y así estuvieron enojados como veintipipu hamacadas.

